

Novela La disolución de una joven pareja no da paso a un renacimiento, sino a una pesadilla. Ambiciosa y disparatada, "El pasado", del bonaerense Alan Pauls, es una obra clave de las actuales letras latinoamericanas

El espanto del amor



GALLARDO

Para los lectores acostumbrados a pasear por playas llenas de luz y de voces conocidas de gente desconocida, para las personas aferradas a la felicidad como una adicción, este libro es como adentrarse en un bosque sombrío y desconocido lleno de tentaciones peligrosas y amenazadoras. Resumir aquí esta novela resulta imposible, porque una secuencia nos lleva a otra en lo que es al mismo tiempo una sucesión de hechos y la gestación de una unidad que se encuentra a través de sorprendentes relaciones y acontecimientos. Cada secuencia es distinta en su tono y en su desarrollo, cada relación amorosa es también distinta, y hay una interesantísima relación entre pintura y narración.

El centro que une tanta diversidad es el amor: las reflexiones sobre el amor, la experiencia del amor y el encuentro entre el "Sick Art", perfectamente definido aquí a través de su máximo representante el pintor austriaco Jeremy Riltse, y lo que podríamos llamar el "Sick Love", igualmente grandioso, igualmente irracional, expresión de sentimientos que se remontan al más lejano pasado y se hunden en la más profunda expresión de lo orgánico, allí donde las fronteras de lo sublime y de lo sórdido se borran para borrar asimismo el camino que de todos modos ha de conducirnos inexorablemente a la audestrucción y a la muerte. Lo que explica el polémico y extraño final, tan irracional como inevitable: mueren así, alimentados de la grandeza de haber vivido, el Arte Enfermo, el que se alimenta de sus propias enfermedades, y el Amor Enfermo, el que se alimenta también del "desconsuelo eufórico", del "espanto del amor" y del "encarnizamiento amoroso".

Arte y desequilibrio orgánico

Desde el principio de la novela se establece una relación entre los dos R, Rímmini y Riltse, el que vive el lenguaje como una experiencia del cuerpo (traductor e intérprete, olvidará las cuatro lenguas que dominó desde su adolescencia) y el que vive la experiencia corporal de la pintura. Esta relación, que se da, como tantas otras, de una forma muy sutil, establece pues un lazo entre "las lagunas—cada vez más frecuentes— o la precariedad que por entonces signaban la vida del artista", y define la naturaleza de la novela: "¿Por qué seguir una pista psicológica, cuando la orgánica es tan flagrante?".

Para Riltse, como creador del "Sick Art", "arte y desequilibrio orgánico son consustanciales" y propone el "reconocimiento genital, muy superior, por su espontaneidad, su inmediatez y su desdén

hasta terminarla con el suicidio. Sus aventuras amorosas están definidas por el sexo, tema central en su obra.

Rímmini es menos consciente de la importancia que lo orgánico tiene en su vida, debido sobre todo a que posee una personalidad tal vez no más compleja (es el más normal de los anormales), sino menos definida. Devora la cocaína, que le permite entregarse a su propio cuerpo. Onanista desde la pubertad, su búsqueda del orgasmo es desesperada. El lector apenas si lo ha conocido durante sus doce años de estabilidad matrimonial con Sofía. Cuando se entera de la muerte de Riltse en 1995, que tan importante fue para ambos, ya están separados. A partir de la postal que le manda ella, el libro se abre en varias direcciones que abrirán a su vez nuevas direcciones que irán trazando un tejido narrativo orgánico: el cuerpo vivo de la no-

Leer a Pauls es como adentrarse en un bosque desconocido lleno de tentaciones amenazadoras

vela. La dirección más visible es la de la relación entre Rímmini y Sofía, en un momento propuesto como el excepcional amor que perdura ("somos una obra de arte") y más tarde como el amor que se recupera.

Con la ruptura, se abre una serie de caminos: las distintas relaciones de Rímmini, especialmente con Carmen Bosch, de la que nacerá un hijo, y la patética, divertida y desenfrenadamente sexual con la millonaria y cincuentona Nancy, que de nuevo nos remitirá a Riltse. Y envenenando estas relaciones, el acoso de Sofía, verdadera obsesión en todos sus matices, que ocupa las páginas más agobiantes, agitadas y tensas del libro y que nos remite con frecuencia al pasado, a la infancia de Rímmini, a la adolescencia y a la plenitud y crisis y nueva plenitud del amor. Un pasado en el que surge la conmovedora figura de la maestra de Rímmini, la señorita Sanz, que marca la primera experiencia erótica del protagonista. Y, por supuesto, el espacio que ocupa Riltse, que casi se independiza como una novela de aventuras sórdidas y una definición de los principios estéticos que alimentan a la novela.

Burlas de lo argentino

La intensidad de los sentimientos, la frecuencia del llanto, que nace más del rencor y de la humillación que de la tristeza, la brillante parodia (especialmente

Nos encontramos con una novela tan poderosa como hacía tiempo que no se veía en lengua castellana, en la que se alían conciencia textual y cultural, intensidad dramática y un humor que acerca a lo más patético de la condición humana

de todo cálculo, a todas las formas de reconocimiento que proponen la percepción, el gusto y el saber estéticos". En su pintura está obsesionado por las partes "bajas" del cuerpo, expresadas en los temas y títulos de su pintura, en un proceso (la búsqueda del modelo, la realización de la obra) minuciosamente descrito en el libro: "Afta", "Herpes", "Placa" o "Glande", que culminan en los diez cuadros de la serie "El agujero posizo". Este artista sublime convencido de su grandeza vive el proceso de cada uno de sus cuadros, que dejan de interesarle una vez pintados, de la misma forma que su vida se degrada progresivamente

la de la sociedad de Mujeres que Aman Demasiado), la intensidad de la percepción (los olores, la mirada), las fotos o el tabaco como motivo recurrente, la multitud de personajes curiosos descritos con eficaz concisión o las sutiles burlas de lo argentino en una novela que, pese a transcurrir en Buenos Aires, poco tiene de argentina si no es la de inscribirse en una de las mejores tradiciones literarias en lengua española: todo esto y todo lo que inevitablemente está en el libro y no está en mi comentario contribuye a hacer de "El pasado" una novela única en todos los sentidos, como es propio de las grandes novelas.

J. A. MASOLIVER RÓDENAS

Conocido como guionista y crítico de cine y por sus colaboraciones en el prestigioso periódico bonaerense "Página Doce", autor de iluminadores ensayos como "Manuel Puig" o "El factor Borges", a Alan Pauls (Buenos Aires, 1959) es fácil identificarlo con los renovadores de la narrativa latinoamericana ajena al realismo mágico, entre los que podemos incluir a Sergio Pitol, a Ricardo Piglia, a César Aira, a Roberto Bolaño, a Juan Villoro y, sí, a Enrique Vila-Matas, a quienes podríamos considerar como los nietos de Borges. En 1984 publicó su primera novela, "El pudor del pornógrafo", que llegó a mis manos todavía en forma de mecanoscrito y que recomendé con todos los elogios posibles a un editor londinense que, "a pesar" de ser inglés, decidió no publicarla.

El ejercicio de la inteligencia, la solidez cultural y la necesidad de huir de las "señas de identidad" latinoamericanas, rasgos sobresalientes de la nueva narrativa, están ya en este libro interesantísimo y audaz, y reaparecen en "El colquio" y en "Wasabi", novelas que están a muchas millas de distancia de "El pasado", por la simple razón de que ahora nos encontramos con una novela tan poderosa como yo hacía tiempo que no la leía en lengua castellana, en la que se alían la conciencia textual y cultural, la intensidad dramática y un humor que escapa a toda definición y que no invita a la risa sino que nos acerca a lo más patético de la condición humana. Como "Los detectives salvajes" de Bolaño, sin negar todas las virtudes de una novela de culto las supera para convertirse en uno de los títulos claves de la narrativa latinoamericana contemporánea.

Los nietos de Borges

La singularidad de la literatura argentina está en la continuidad de una radical tradición renovadora. En el centro de esta tradición se asienta Jorge Luis Borges, puente entre unos escritores que él rescata insistentemente, como Leopoldo Lugones o Macedonio Fernández, y las nuevas generaciones.

Compañero de aventuras de Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, su "Antología de la literatura fantástica" (1965) equivale a un verdadero manifiesto, y en ella incluyen a otra de

La singularidad de la literatura argentina está en la continuidad de una radical tradición renovadora

las figuras centrales, Julio Cortázar. Si añadimos aquí a Roberto Arlt, podemos definir algunos de los rasgos de esta tradición eternamente joven, eternamente renovadora: cosmopolitismo, crítica del nacionalismo, destrucción del realismo desde el corazón mismo del realismo, conciencia verbal y literaria, experimentalismo, invención y humor. Ésta es la herencia que han recogido los actuales narradores argentinos. En las novelas oscuras, densas, misteriosas y alucinatorias del montafecino Juan José Saer (1937) es palpable la huella de su admirado

Borges. Sus polémicos ensayos críticos, el apoyo a escritores radicales como Leónidas y Oswald Lamborghini o Néstor Perlongher y una prosa delirante señalan a Rodolfo Fogwill (1941) como a uno de los mejores exponentes de la "lucidez extravagante". Ricardo Piglia (1940), autor de iluminadores ensayos sobre Roberto Arlt (además del extraordinario relato "Nombre falso" a modo de homenaje), Macedonio Fernández, Borges o Cortázar, está considerado como el maestro de las nuevas generaciones. Como lo está asimismo César Aira (1949), mago de la invención asociativa, del absurdo cotidiano, de la divertida y disciplinada improvisación.

La actual literatura latinoamericana está definida por un regreso al placer de la narración y por una actitud cuestionadora, irreverente y antisolemne de la realidad. Los escritores argentinos (cuento, novela, poesía y hasta las tiras cómicas) no han abandonado nunca su vocación fabuladora y una visible preocupación por el lenguaje. Escritores como Juan Forn, Marcelo Birmajer, Leopoldo Brizuela, Pablo de Santis, Guillermo Martínez, Andrés Neuman y muy especialmente Rodrigo Fresán y Alan Pauls, como viene a corroborarlo su más reciente novela "El pasado", no son sino los mejores herederos de esta fecunda tradición basada en la renovación.

J. A. M. R.